

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

«Este precepto os doy: Amaos
los unos a los otros como yo os he
amado.

(Jesucristo a sus discípulos)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Calle de Dindurra, 2, pral., izqda.

IR POR LANA.....

No se ha aclarado aún cuál de los dos era más bárbaro; si Bartolo, alias *Sapo colorao*, o su primo, hermano y compañero Sostimo el *Cojo de la parral*, así motejado por haberse estropeado una pierna al caer de cierto parral, al que se había encaramado para robar uvas, cosa muy corriente y admitida entre los mozos de Javalambre donde tuvo lugar el suceso.

Pues señor: no hace mucho tiempo, al atardecer de un día de verano, subían la empinada calleja del Castillo ambos primos, con la arada al hombro, cuando al revolver de una esquina se toparon con la tía Maruja, mujer de edad madura y aspecto simpático, que con dos enormes ramos de flores se encaminaba hacia la vecina Iglesia.

—¡Mia la tía Maruja y qué ramicos más majos lleva! —dijo Bartolo.

—¿Ande va usted con esos floripones? —añadió el Cojo.

—Pues a entregárselos al señor Cura, para si le parece bien ponerlos en el altar del Sagrado Corazón.

—¿Qué, va a haber fiestas pronto? —preguntó Sapo Colorao.

—¡Algún saca dineros será! —repuso Sostimo echanço una risotada estúpida.

—Lo que sería un milagro es que tú no soltaras alguna gansada —exclamó la buena mujer; —pues mira, para que te enteres, estos ramos los hemos hecho varias vecinas pagando el material el señor Cura, para cuando venga el señor Obispo ¿estás?

—¡El Obispo! —interrumpió Bartolo —¿qué, al fin va a venir a Javalambre?

—Sí, hombre, el jueves de la semana próxima hará la entrada solemne en el pueblo.

—¿Y por qué viene aquí ese señor, donde ninguna falta hace? —dijo el Sapo.

—A ti y a los que son como tú, verdad que no os hace maldita la falta; pero a casi todos los vecinos del pueblo que somos católicos, apostólicos y romanos, nos hace muchísima que venga su ilustrísima a visitar a sus hijos espirituales, confirmar a los pequeños en la fe, dar la Comunión a los

mayores, predicar la divina palabra, corregir los abusos que pudiera haber en las cosas sagradas y otros muchos asuntos que vosotros no sabéis, ni entendéis, ni entenderéis en vuestra vida.

—¡Bah, bah, Total: el Obispo ¿quién es? Pues un hombre como yo y san-sacabó.

—¡Mira, Sostimo, no barbarices más! exclamó indignada la tía Maruja —¿Con que un hombre como tú? ¡Jesús y cuántas barbaridades oye una!

—Pues tiene razón mi primo —afirmó el Sapo Colorao —Todos *semos* iguales en este mundo y en el otro, si lo hay.

—La Doctrina Cristiana no dice que todos somos iguales en la tierra, sino que *todos somos hermanos*, y en cuanto a la otra vida, no sé qué igualdad hay entre un condenado que está sufriendo los horribles suplicios del infierno, y el justo que goza para siempre la felicidad de la Gloria. Lo que sucede es que para Dios no hay acepción de personas, esto es, para que lo entiendas: que el Supremo Juez, premia o castiga a cada cual según sus obras, sin tener para nada en cuenta las personas, y...

—Todo eso son farándulas de los curas —interrumpió Bartolo con aire de suficiencia —; pero a éste y a mí, que *semos* anarquistas y de ahí *pa* arriba, no hay más doctrina que *libertá, igualdad y fraternidá*; de modo y manera que es claro que el Obispo es igual que yo.

—¡Já, já; vaya, tía Maruja, que se ha quedado usted con la boca abierta, y ya no sabe qué contestar —añadió el Cojo,

—¡Hombre, calla, por Dios! Pues no he de saber, si eso de la igualdad es una mentira liberalesca, tan gorda como el peñón de Gibraltar; y si no, tú, Bartolo, ¿por qué no dices mañana misa, o por qué no escribes esta noche cosas tan hermosas como las que discurre nuestro Prelado? ¿Por qué no predicas?, ¿por qué no confirmas?, ¡dí, hombre!

—Toma, porque no soy cura, ni sé de letra.

—Pues ya ves como no sois iguales el señor Obispo y tú; y aunque fueras cura y supieras mucho de letra, tampoco seriais iguales, por que el Obispo tiene poder y facultad de ordenar a los

sacerdotes, y éstos no pueden consagrar a los Obispos.

—¿Y a los Obispos quién los nombra?

—El Padre Santo, o séase el Papa, Vicario de Cristo, que no tiene igual en el mundo.

—Güeno, güeno, todo eso son cosas de Iglesia, pero en lo civil...

—Es que fuera de la Iglesia tampoco hay esa igualdad. ¿Eres tú igual a D. José el médico? Pues ¿por qué no vas a curar enfermos y hacer operaciones? A ver: a que no vas, como tampoco irá el Juez, ni el cabo de la Guardia Civil, ni el ingeniero de la carretera, porque no son iguales en saber, ni en atribuciones ni en facultades ni en nada.

—Otra; pero usted no habla más que de carreras y oficios, y yo lo que digo es que, como hombres, todos somos iguales.

—Tampoco. Tú, Cojo, sabes malamente leer alguna cosica de letra de imprenta; pero tu pariente no ha podido aprender nunca el abecedario de minúsculas; en cambio él agarra la azada y se pone a cavar y hace unas otoñadas que pocos le igualarán en el pueblo.

—Es verdad, tengo muchas fuerzas y muchos bríos —exclamó orgulloso el Sapo colorao —y como éste está cojo y no se puede endoblegar para tirar el azadonazo, pues, velay.

—Ya veis bien claro que no sois iguales.

—Nosotros —dijo Sostimo, viendo que los argumentos no le salían muy bien —lo que decimos es que no debe haber pobres y ricos, sino todos iguales; ¿entiende usted?

—Ahí duele, ya salió aquello; —observó la buena Maruja —. Ya lo entiendo; pero como todos ricos no podemos ser, habremos de ser todos pobres; es decir, iguales en hambre y miseria, como lo han conseguido ser los infelices proletarios rusos, según cuentan los papeles. Muchas gracias, chicos, esa igualdad para vosotros, yo a la Doctrina Cristiana me atengo. Y me voy, porque me estais entreteniendo demasiado; pero antes quiero deciros una cosa, y es que el otro día estaba en mi casa una moza muy guapa y con muchos duros de hacienda....

—¿Quién es, quién?—preguntaron ansiosos los dos baturros.

—El pecado se puede decir, pero el pecador, no; bueno; pues que pasasteis los dos por medio de la plaza y nosotras os vimos desde la ventana, y dijo yo: Ahí tienes dos mozos solteros para escoger. Y ella repuso: No me chocan porque tienen muy malas ideas; pero si tuviera que elegir, más me gusta Bartolo, que es un chico bien plantao, mientras que el otro es un pobre cojitranco, que da grima el verle andar. Conque ya véis que no sois iguales a pesar de ser parientes.

—Sí, es verdad que somos primos —dijo Sapo Colorao—; pero este es cojo y yo no.

—Ya me están ustedes fastidiando con la cojera—gritó iracundo Sostimo—; demasiado sé que Bartolo no está cojo.

—Ni el señor Obispo tampoco—repuso la tía Maruja—; conque quedar con Dios y expresiones a la igualdad.

Y se fué calle abajo mientras los dos compinches se quedaban mirándose uno a otro con la boca abierta y sin saber qué decirse, hasta que a Bartolo se le ocurrió una idea luminosa, exclamando:

—Mira, Sostimo; me parece que lo mejor será que entremos aquí en la taberna del tío Melitón y nos bebamos dos jarricas de vino grandecicas; pero bién iguales y, asina; nadie podrá decir que no tenemos razón si decimos: ¡Viva la igualdad!—AUGUSTO

CHARLA

—¿Qué tal, camarada? ¿Aprobaste?

—Paréceme que he terminado el curso *dignamente*, muy *dignamente*, como que el tribunal por acuerdo unánime, resolvió que repitiera en setiembre... ¡Ya ves qué éxito! ¿Y tú?

—Yo... ahí arriba, también para setiembre.

—¡Abrázame! ¡Ya somos dos!

—Somos los ases.

—Las *mises*, como se dice ahora.

—Bueno, pues a celebrarlo en la tasca mas próxima.

—¿Te quedan recursos de *ocasión*, vulgo *parné*?

—Me quedan quince pesetas, importe neto de los libros de texto que le vendí a un seguidor mío que toma en serio esto de los estudios, de una carrerita decente, ¡ja, ja, ja!

—Cuando la carrerita mejor que hoy priva es la de ir delante en competencia con los guardias de Asalto.

—¡Qué días aquellos, los de las huelgas y sabotajes en la Facultad! ¿Volverán?

—«¿Volverán las obscuras golondrinas?»....

—Volverán, porque supongo que tú, como yo, seguirás... *estudiando*....

—Por supuesto. Mi padre que es un infeliz y que cree que tiene en mí un Séneca, que doy cien vueltas a los profesores,

está convencidísimo que voy en el cuarto año y... ya ves, no arranco del segundo.

—Idem de lienzo. Servimos para políticos de altura.

—A eso llegaremos.

—¡Bah! Es la puerta muy ancha.

—En resumidas cuentas, que tú y yo, cateados.

—Y debiendo a la patrona.

—Y al lucero del alba, y divirtiéndonos como el que más.

—Como si hubiésemos aprobado y no debiéramos nada a nadie.

—¡El *deber*, ante todo!

—¡Hoy mismo le escribo a mi padre, incluyéndole las notas con sobresalientes; las hago yo muy bien imitadas, ya tú sabes, y diciéndole que, como los así destacados en los estudios, tenemos que estar aquí, en Madrid, de prácticas lo menos un mes, que espero me remita dinero para el hospedaje y para mis gastos particulares a fin de no quedar mal con los amigos y profesores.

—Y... te lo mandará...

—La luna que le pidiera. ¡Qué mesecito de «tumbos» me voy a pasar! Acompañame.

—Haré lo posible, considerando que en esta vida el que más ríe más gana.

—Y el que ría el último ganará el doble. ¿Tienes pitillos?

—Sí.

—Fumemos. ¿Sigues todavía con la novia aquella?

—No; la dejé. Empezaba a tomarlo en serio y eso a mi no me convenía.

—Ya te lo decía yo. Los tiempos no están para tales aventuras... El matrimonio... la familia... el orden... el ahorro... ¡Uf, qué asco! ¡Libres, libres! ¡Viva la libertad!...

—¡Abajo los libros!

—Y los profesores.

—Y las aulas.

—¡Y viva la Pepa!... La Pepa como la que tengo yo ahora en turno para divertirme.

—¿Pepa González, no?

—La misma. Otra *eminencia* como yo en plan de estudiante. Da el timo al mundo entero y a sus papás sobre todo. ¿Qué bien sabe engañarlos con sus zalemas y sus fingimientos de amor al estudio.

—Lo que ella busca en estos centros es un acomodo. ¡Está la vida tan difícil!

—Las que aquí están no todas son así. Las hay bien formalitas.

—Esas para los formalitos, si los pescan. De todos modos no fué mal recurso el que inventó éste de todos juntitos para estudiar...

—No seas malicioso, no seas malicioso....

—Y tú no seas cándido, que te vas a caer.

—Oye ¿No sabes quién se pegó un tiro?

—¿Quién?

—Ricardo.

—No me extraña; la corrió tanto, estaba ya tan aburrido de todo, que quiso liquidar con la humanidad.

—Me temo si llegaremos nosotros a tener el mismo fin.

—No pienses en cosas tristes.

—Cuando nos llegue el aprieto ya desha-

remos el nudo como se pueda. ¿A dónde vas esta noche?

—Como siempre, al cine. ¿Te veré allí?

—Puede que no. Tenemos una cena de celebración de fin de curso que obliga, chico. Ven tú.

—¿Hay hueco?

—Apoquina seis treinta y hay hueco.

—No las tengo aquí, pero las tendré. Empeño la gabardina y liquidado el asunto.

—Conforme. Ya somos diez y ocho.

—¿Dónde me esperas?

—Iré a buscarte a las diez.

—Para esa hora estoy sin gabardina y con las seis treinta en la mano. ¿Lugar del crimen?

—En el bar del Pisto, arriba, porque, como sábado estará aquello lleno de obreros y no conviene el roce mas que cuando estamos de vacaciones marxistas, unos tirando y otros aprovisionando.

—¡Qué francachela!

—Hasta las tres o cuatro de la madrugada que nos retiremos como podamos a dormirla... en cualquier parte.

—No hay mas que hablar.

—Trato hecho. A las diez en tu Pensión.

—Y.. a las doce en la Inspección.. ¡Pon!

Téngase en cuenta

Va contra nuestras posibilidades los números que de tiempo acá venimos cediendo gratis a algunos que nos los piden. Quisiéramos no quitarlos de allí donde los desean y nos los piden, pero con el aumento en gastos de impresión y otros indispensables además de que no todos los suscriptores pagan con la puntualidad que sería de esperar para un buen régimen de administración, volvemos a repetir que tenemos que dar marcha atrás en nuestras prodigalidades que afectan ya a nuestros medios particulares.

Quienes de veras se interesen por RELIGIÓN Y PATRIA sacrifiquense un poco en nuestro favor. No digan que no pueden; mejor y más fácil es repartirse entre muchos la carga que no dejarla toda para este pobre obrero de la pluma que ya se queja.

Y también mucho pudieran hacer esos otros que preciándose de buenos y leyéndonos con frecuencia no miran tirar bastantes pesetas por ahí... Tírenlas aquí y harán una buena obra. Nuestro trabajo de propaganda y administración está a la vista de todos; en tanto este aviso no tenga el resultado en que confiamos, no daremos más números que los de suscripción directa y los correspondientes a aquellos que se dejan a nuestro cargo por los señores abonados para que los distribuyamos a nuestra voluntad.

El cine y los niños

La perversidad de muchos hombres sin escrúpulos morales ha hecho del cinematógrafo un arma de perdición y una escuela de inmoralidad que manejada con arte diabólico para sus fines malos, ha mancillado en no pocos casos la fe y las buenas costumbres. Los estragos morales ocasionados en la sociedad han sido tales, que los gobiernos de los distintos países se han visto en la precisión de intervenir en la censura de las exhibiciones y en la reglamentación de la asistencia en esta clase de espectáculos, con miras principalmente proteccionistas de la niñez y de la juventud. He aquí un sucinto resumen de lo legislado en diversos países.

ALEMANIA. Prohibida la entrada a los niños menores de 6 años. Hasta la de 18 años, sólo podrán asistir los jóvenes a la representación de películas previamente censuradas.

AUSTRIA. Hasta los 16 años sólo podrán presenciar películas censuradas y especiales para niños y adolescentes, sin poderse prolongar la asistencia más allá de las ocho de la noche.

BELGICA. Prohibida la entrada en absoluto a los menores de 16 años.

DINAMARCA. La misma prohibición que en Bélgica en cuanto a las películas no censuradas. Las personas mayores de 16 años no podrán, sin permiso especial, presenciar películas no autorizadas para menores.

ITALIA. Prohibida la asistencia de los niños y adolescentes a la exhibición de películas pasionales y policíacas, que a juicio de la Comisión de censura puedan ser un peligro para la integridad moral de la juventud.

LUXEMBURGO. Prohibido el acceso a los menores de 17 años a la representación de películas no censuradas. Para que

puedan asistir es preciso que la exhibición censurada se anuncie como especial para familias y niños.

FRANCIA. Se prohíbe solo el trabajo de los menores de 15 años en la preparación de películas.

POLONIA. Prohibida la entrada a los menores de 17 años para presenciar películas prohibidas para la juventud.

HOLANDA. Entredicha la asistencia a los menores de 14 años. Hasta los 16 podrán asistir a las películas censuradas.

PORTUGAL. Prohibida la entrada a los menores de 12 años, sino van acompañados de alguna persona de la familia, excepto a las películas instructivas autorizadas, a las que podrán asistir sin ese acompañamiento. Los menores de 16 años no podrán presenciar películas que ofendan al pudor o puedan desmoralizarlos.

SUECIA. Los menores de 15 años no podrán presenciar películas no autorizadas para ellos o que terminen después de las ocho de la noche, a no ser que vayan acompañados de una persona de su familia. En toda exhibición cinematográfica debe anunciarse si puede presenciarse por menores o no.

SUIZA. En edad que varía desde 15 años, según las diversas legislaciones cantonales, no pueden los menores asistir a las representaciones cinematográficas ordinarias. Antes de los 15, prohibida la asistencia en todos los cantones.

Y en ESPAÑA ¿qué legislación hay?

¡POBRES NIÑOS!

Está en el corazón de todo ciudadano bien intencionado que la base de toda sociedad moral es la esmerada educación de la niñez; los pueblos que giran sobre esta órbita son los llamados a ser el modelo de los demás; y los que se apartan de ella descienden precipitadamente al caos de la anarquía.

La educación católica de la niñez

He aquí una necesidad de inaplazable urgencia. Padres de familia, deteneos al elegir colegio; fijaos en que las lecciones que reciben hoy vuestros vástagos serán mañana las piedras angulares del edificio de su vida civil y religiosa, y preguntaos ¿cuál es la educación que se da a vuestros pequeñuelos?

Esto es indispensable porque aterrador es el pensamiento de que los padres de familia son los responsables de la futura suerte de sus hijos, y también es de gran consuelo el haber cumplido su deber hasta verlos hombres conscientes y católicos ejemplares.

Padres de familia, el problema está en vuestras manos.

Exámen brillante

En un exámen de Historia preguntaron a un alumno:

—¿Sabe usted de quién fué padre el Rey Felipe segundo?

Lo que es con seguridad no lo sé, dijo, confuso.

Y prosiguió el catedrático:

—¿Sabe usted quién fué Ataulfo?

Con seguridad tampoco lo sé—respondió el alumno.

—Vamos a otra cosa. ¿Sabe qué hizo célebre a Sagunto?

—Con seguridad no sé de ese señor hecho alguno.

Entonces el catedrático le dijo, yéndose al bulto:

—Pero ¿qué es lo que usted sabe con seguridad del curso?

y contestó el estudiante poniendo el semblante mustio:

—Que me suspenden ustedes es lo que sé de seguro.

Folletón de RELIGION Y PATRIA (71)

Risas y llantos

—Pos ya ves. Cuantis la campana da el Ave María toas las mañanas, paro el trabajo deteniendo la yunta en la besana; me quito el sombrero, y con los ojos arrecogios mirando al suelo, rezo en silencio pa dar gracias a Dios por el nuevo día. Si no siento los toques del mediodía, miro al sol; si está frente al cerro Serrota, no hay engaño; las doce. Rezo el «Ángelus»; estos latines me los enseñó mi probe padre que en gloria esté, y siquía por respeto a su memoria no quisiá olviarlos. El toque de oración de anocheció cuasi siempre me pilla en el camino de güelta a casa. Otros gañanes vienen en mi compañía algunas veces. No importa. Sin miramientos me quito el sombrero y güelta a mis oraciones correspondientes, aunque me critiquen después. Ca uno tié sus creencias.

—Pienso, Tanislao, que eres un santo.

—No, Salostiano. Tengo mis vicios. El tabaco no lo perdono. La cajetilla de rial ca semana, que no falte, ya lo sabe la Colasa. Los días de fiesta no pierdo la brisca en cà Juan José el de la Engracia, que tié un vinillo que se bebe soló. Eso

si, el vinillo es mi mejor amigo. En las funciones me gusta repartir cuatro o cinco convidás a los amigos, y con el achaque de que beban ellos, claro está, bebo yo también. Algunas veces me pone algo alegre. La Colasa me regaña; la doy la razón, y con un ¡Dios me perdone! confieso la debiliá y me marcho a dormir.

—¿Llamas a eso vicios? Pa vicios los míos. La última vez que fuí a Barcelona a merca ganano, en dos días me se escurrieron cincocientas pesetas.

—¡Arrea!

—Como lo escuchas. Como no se dar solo un paso por la ciudad, contraté un mozo señorito que sabía un rato largo andar por allá. Si quies que te lo cuente, fuimos al tiatro tal, al tiatro cual, entremos en el cini éste, en el cini aquél. Que si churros y copitas pal desayuno, que si bermún con ancholas a las once, que la comía en la fonda, que la cerveza con cosquiñas a las cuatro, que la cena en el merendero, que si casas de juego, que si propina al fulano, que si convite al mangano... En resumias cuentas, que s'acabó el dinero y no merqué ná.

—Cincocientas pesetas ya es algo, ¡Qué quies que te diga! Eso no lo manda Dios, irepapo! Tantos suores como cuesta arrejuntarlo, y tirarlo de moo tan poco provechao... no está bien. ¡Cuantis yo pierdo dos riales, me paice mucho... Con que eso que cuentas... tú verás.

—Ya me conoces. En ná me paezco a ti. Yo no piso la ilesia, ni doy a los probes, y menos dinero al fiao sin interés; los domingos, pa ser al revés que toos, mando al crio a trebájar.

—¿Y el descanso doménical?

—Ya descansan toas las noches. No rezo nunca. Ni creo muchas cosas que tú crees, porque eso es de bobalicones, y me luce más el pelo que a ti...

—No digo que no.

—Como a dos carrillos, llevo una vía regalá, robo lo que se pué en los contratos, y güenas cosechas que me da la senera. Y hasta tengo más que tú. ¿Te acuerdas la pedrea del año pásao? A ti te arrasó el canchal el mejor cebadal del pueblo, lo desgranó toíto, dejando las cañas mondas y lirondas. No trujiste a la era ni pa hãrtar un pollo de perdí. La mi heredá de la Vega no estaba mu larga; ni la tocó la nube; güenas fanegas me dió; güenos duros que me valió el fruto. ¿Te enteras?

—Tíes mucha razón, Salostiano.

—Dor si es poco, hace un mes te se quemó el pajar con toíto el heno; ni te queó un restranco pa posturar las vacas el día de la nevá. Te quitaron un carnero de la ré. Aquel hijo tan fornio y guapetón, en la flor de la vía te se murió.

—¡Pobre hijo mío! ¡Dios le haiga perdonao! Hay momentos que se desáspera uno. Tanto apurar... ya cansa.

